

Secuencia de Pentecostés

Veni, Sancte Spíritus, et emítte cáelitus lucis tuæ rádiu.
Ven, Espíritu divino, envía desde el cielo un rayo de tu luz.

Veni, pater páuperum, veni, dator múnerum, veni, lumen córdium.
Ven Padre de los pobres, ven dador de dones espléndido, ven luz de los corazones.

Consolátor óptime, dulcis hospes ánimæ, dulce re-fri-gérium.
Consolador óptimo, dulce huésped del alma, dulce refrigerium

In labóre réquies, in æstu tempéries, in fletu soláciu.
Descanso en el trabajo, en el ardor frescura, consuelo en el llanto.

O lux beatíssima, reple cordis íntima tuórum fidélium.
Oh luz santísima, llena lo mas íntimo del corazón de tus fieles

Sine tuo númine, nihil est in hómine, nihil est innóxiu.
Sin tu ayuda nada hay en el hombre, nada que sea inocente.

Lava quod est sórdidum, riga quod est áridum, sana quod est sáuciu.
Lava lo que está manchado, riega lo que es árido, cura lo que está enfermo.

Flecte quod est rígidum, fove quod est frígidum, rege quod est déviu.
Doblega lo que es rígido, calienta lo que es frío, endereza lo que está torcido.

Da tuis fidélibus, in te confidéntibus, sacrum septenáriu.
Concede a tus fieles que en Ti confían, tus siete sagrados dones.

Da virtútis méritum, da salútis éxitum, da perénne gáudiu.
Dales el mérito de la virtud, dales el puerto de la salvación, dales el eterno gozo. Amén, Aleluya.

Comentario al Veni Sancte Spiritus, Luis M^a Mendizábal, Ex director Nacional del APOR
Publicadas en *Agua viva. Revista de Espiritualidad del Sagrado Corazón para la Evangelización*

31. III.03.2014

¡Ven Espíritu Santo, deseo ardiente del cristiano fiel! El Misterio del Espíritu Santo que se nos da, viene explicado en la liturgia con ocasión de la Fiesta de Pentecostés y queda resumido en esa secuencia preciosa que ha recogido la liturgia romana en el *Veni Sancte Spiritus* que se puede considerar, y así lo consideraremos ahora, como la cumbre de toda nuestra vida espiritual, como un resumen perfecto de la verdadera oración cristiana, la oración más alta que existe.

Vamos a hacer algunas observaciones sobre esta secuencia, deteniéndonos primero en esa exclamación general: *¡Ven Espíritu Santo!*

Para entender como esta oración es una suma completa de la oración cristiana, que es como la clave de bóveda de toda la teología, basta con releer la conclusión de todas las parábolas evangélicas que Jesús expuso sobre la oración. Cuando Jesús insistía en que había que orar, terminaba así: “si vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Bueno a quien se lo pide”. ¡Ven Espíritu Santo, Ven Espíritu Bueno! Y ¡cómo no lo dará el Señor a quien se lo pide! Esto supone una purificación de la oración, cuando se reduce el deseo del alma a pedir al Señor su Espíritu, su Vida, su Amor... No un amor cualquiera sino su Amor que es El mismo, que lo infunda en nosotros, “para que el Amor con que me amaste, –decía Jesús en la oración sacerdotal–, esté en ellos y yo en ellos”. Al pedir el Espíritu Bueno, el Espíritu Santo, el Don de Dios, se presenta como el objeto supremo y único de la petición. Es el ‘agua viva’ que la samaritana hubiera pedido si hubiera conocido el Don de Dios. ¡Ven Espíritu Santo! “Si conocieras quien te habla y cuál es el Don de Dios, tú se lo pedirías”. Y ahora este fiel que lo entiende, lo pide: ¡Ven Espíritu Santo!

El Padre Nuestro podríamos presentarlo como una explicación o una exposición ético-ascética de esta única invocación. Quien dice: ¡Ven Espíritu Santo! en lo íntimo de su corazón, está diciendo Santificado sea tu Nombre, venga tu Reino. El Reino de Cristo, en el fondo, es la comunicación de su Espíritu. Ven Espíritu Santo, hágase tu voluntad, la voluntad de ser guiado e iluminado por el Espíritu de Cristo. Todo puede resumirse en ese Ven Espíritu Santo. Y cuando viene el Espíritu, El es el que en nosotros llama Abba, Padre Nuestro, porque está en nosotros comunicándonos el Espíritu de nuestra filiación. En este sentido es la más hermosa de todas las oraciones en cuanto resume todo en el simple deseo de un amor más ardiente de Dios. No pide más, un mayor Amor de Dios. San Gregorio decía: ‘cuando recibieron a Dios en la visión de fuego, ellos ardían suavemente en su Amor’. Se trata de esto: de que el Espíritu, que viene a nosotros, nos haga arder suavemente en el Amor. Viene como Espíritu vivo, como Espíritu que es Amor.

Esta secuencia es, ciertamente, una oración misteriosa. Si la examinamos, atentamente, encontraremos un detalle curioso: esta oración, que viene propuesta al corazón del misterio cristiano, no la hubiera podido expresar nadie, no la podría pronunciar nadie, si la misma Iglesia no la hubiera puesto en nuestros labios. En ella notamos que las expresiones parecen imperativas. ¡Ven Espíritu Santo! Y sin embargo la realidad es que es una súplica muy humilde y no obstante lleva la característica sorprendente de un tono imperativo. Procede de un corazón muy humilde y sin embargo vuelve a repetir ‘lava lo que está sucio, sana lo que está herido, riega lo que está seco’ siempre en un tono imperativo dirigido directamente al Espíritu. La petición en su tonalidad parece como una orden por la seguridad que tiene en su petición. Es una petición absolutamente confiada. Está hecha en el Nombre del Señor.

Es también curioso que en esta secuencia no se pide personalmente una gracia sino que se pronuncia y se formula en una tercera persona. *Da a tus fieles que confían en Ti, el sagrado septenario*. Es pues un tono de imploración directa, como imperativa, humilde y desinteresada. Y surge inmediatamente una pregunta ¿Quién es el sujeto que reza en esta secuencia? Queda en el misterio. La oración la pronuncian los fieles, viene de su alma, de su corazón y sin embargo siempre se hace en tercera persona y al mismo tiempo sin despegarse del resto de los fieles. El ser misterioso que ora no dice ‘danos a nosotros’ ‘dame a mí’ sino ‘da a tus fieles’, pero él mismo entra dentro al expresarse así. No es que él se excluya, se nota que es parte, que está unido a esos mismos fieles pero sin identificarse del todo con ellos. La impresión que produce esta oración de la Iglesia es que Jesús mismo reza ese himno con los fieles junto con la Iglesia. Quizás ninguna oración nos toma fundamentalmente tan unidos entre nosotros y con Cristo. Aquí desaparece el yo, desaparece la separación con los demás y desaparece la separación con Cristo. Todos unidos con Cristo. Quizás ninguna otra oración se presenta tan íntimamente hecha en el Nombre de Jesús, con la fuerza de Jesús. La voz de Jesús es la que resuena en nuestros labios, la que pide la coronación espiritual de su obra en nosotros. La obra que Jesús mismo ha comenzado, la obra de la santificación. Y en nosotros con María, la Madre de Jesús, como los Apóstoles en el Cenáculo, pide la consumación de la obra que ha empezado. Quiere que llegemos a ser cristianos perfectos, que seamos Jesús en el sentido pleno de la palabra. Esta coronación de la obra de Cristo, El mismo la pide en nosotros. ¡Ven Espíritu Santo! como condensación de su oración sacerdotal en la que pide el Espíritu Santo para nosotros porque precisamente en la venida del Espíritu y para la venida del Espíritu, es cuando más perfectamente nosotros somos uno en Jesús y Jesús en nosotros. El Espíritu que habita en nosotros realiza la unión total. Por eso Jesús no viene nombrado en la secuencia, no se pide por Cristo porque Él es el que la pronuncia como cabeza de sus fieles. El es el que pide en nosotros.

Por otra parte la inspiración de esta oración viene del mismo Espíritu Santo en nosotros. Es El el que inspira esta oración. Es El el que por el ministerio de la Iglesia la pone en nuestros labios. *Y el Espíritu y la Iglesia digan: ‘Ven’ y el que lo oiga diga: ‘¡Ven Espíritu Santo!’*. El Espíritu y la Esposa, y el que lo oye es el fiel unido a ellos. La inspiración es del mismo Espíritu Santo. Qué gran confianza tiene que inspirarnos esta convicción: el mismo Espíritu nos mueve y la Iglesia lo pone en nuestros labios. El modo de proceder se puede asemejar mucho al de la madre que inclinada sobre la cuna de su niño pequeño le repite insistentemente ‘di mamá, mamá’ hasta que el niño llega a decir ‘mamá’. Es el Espíritu el que inspira, el que repite en el fondo del corazón ‘¡Ven Espíritu Santo!’ hasta que el hombre cae en la cuenta y llegado ya a ese deseo y transformado en ese sentido en Cristo repite por su parte: ¡Ven Espíritu Santo!

II - 03/06/2014

Le damos al Espíritu Santo nuestro corazón, nuestro tiempo, nuestro recogimiento... Tenemos que abandonarnos a ese deseo indefinido que el Espíritu Santo infunde en nuestro corazón. ‘El que tiene sed que venga, el que quiera que pida esta agua de vida que se le dará gratis’ –dice el Señor.

Ese Espíritu se llama ‘infuso’ según la imagen del agua viva que se infunde en el corazón, como el agua se infunde en un vaso. Ese Espíritu de gracia se llama también ‘inspiración’ que corresponde a la imagen de la brisa, del viento que no sabes de donde viene ni a donde va. Se dice también ‘irradiado’ que corresponde a la imagen de la luz que se comunica, que se irradia sobre el alma.

El tono de la invocación pronunciada por Cristo en nosotros, bajo la inspiración de su Espíritu, está inspirado por su deseo de entrar en nosotros. De ahí se comprende que el tono de la secuencia no es el de una súplica o no es el de un imperativo que pretende vencer una resistencia por parte del Espíritu. 'Ven Espíritu Santo' como si la resistencia estuviera en el que tiene dificultad en acercarse, como si uno quisiera violentarlo al entrar, ¡no!, no movemos al Espíritu Santo, si no que Él es el que esta invitándonos a llamarlo. Es una invocación más bien de acogida. Acoger al Espíritu es abrir la puerta del corazón a la llamada del Espíritu que espontáneamente desea venir al alma. El Espíritu inspira donde quiere y no sabes de donde viene ni a donde va, es el Espíritu mismo el que está llamando a la puerta del alma y la actitud del alma no es la de vencer la resistencia del Espíritu Santo sino la de abrir sus puertas a quien le está llamando diciéndole: '¡entra Espíritu Santo, tú que estabas llamando, ven!' Quito ya todos mis obstáculos porque El está llamando a la puerta. El se llama el 'Dedo de la diestra del Padre', ese Dedo que está llamando en el corazón y que está diciendo '¡ábreme' y nosotros le abrimos.

'Ven Espíritu Santo' no es, por tanto, una superación de violencia de un Espíritu que no quiera entrar sino que se trata de quitar los obstáculos que estaban obstaculizando la llegada del Espíritu. Podríamos tener la imagen del joven que esta perezosamente en la cama en una habitación cargada con el aire embravecido, contaminado; en una habitación que tiene grandes ventanales que dan a un jardín maravilloso y esos ventanales están cerrados y esas persianas están cerradas. El está, en la mañana, perezosamente acurrucado y el jardín y el oxígeno y el perfume de las flores y el canto de los pájaros llaman a los ventanales, y la luz se mete por los resquicios de las ventanas. El, acurrucado en su cama, perezosamente, dice desde ella: ¡entra primavera, entra! Es inútil que le llame así pues hasta que no se levante y abra de par en par las puertas y las ventanas para que entre el aire perfumado y maravilloso del jardín no va a suceder. Podemos decir que ese jardín es Dios, el Padre, del que procede el Espíritu Santo, el Espíritu es ese aire puro, ese oxígeno, ese perfume del jardín trinitario que esta junto a nosotros y está llamando a la puerta. En el momento en que el alma se decide y abre sus puertas de par en par y le llama, entra el Espíritu Santo.

Ese tono general, pues, no significa bajar del cielo, del firmamento, de la lejanía, como una distancia muy fuerte que él tuviera que superar, ¡no! Si nos fijamos en ese himno se dice 'da a tus fieles' es decir, ya somos fieles. En esta oración ya estamos pidiendo Espíritu Santo para los fieles por lo tanto no estamos pidiendo el estado de gracia inicial, no es un estado como si viniera del cielo a la tierra donde no estabas, si no que es un abrir las puertas del corazón, es una elevación de nuestra vida al nivel celeste, vivir simple y sencillamente la vida de cada día en una altura de elevación, de pureza, de conversación con el Padre y con el Hijo. Es un acceder al Padre, un entrar en el seno de Dios por eso podríamos decir ¡Ven del seno del Padre! hasta el cual hemos sido elevados por la gracia santificante pues hemos entrado ya en la casa paterna. Ven del seno del Padre que es la morada eterna del Verbo encarnado y resucitado, ven del seno del Padre a mi corazón que está también en el seno del Padre.

La expresión pues viene a poderse explicar de esta manera: el Espíritu está en el Padre, está en Cristo. El Espíritu nos lo envía el corazón de Cristo que procede del Padre y del Hijo. Está en el seno del Padre y del Hijo. Nosotros elevados por la gracia somos hermanos de Cristo. Una vez que hemos entrado en su familia encontramos el Espíritu en el seno del Padre, en el seno de Cristo y le abrimos nuestros brazos y le extendemos nuestros brazos y le decimos como a un niño que está en brazos de su madre y se le invita a venir, '¡ven a mis brazos, ven Espíritu Santo!' como algo que me corresponde a este nivel al que me ha elevado la gracia, ven como coronación de esa vida de gracia que se me ha concedido, ven de los brazos del Padre a los míos, ven del corazón de Cristo al mío porque el mío es ya el corazón mismo de Cristo, por eso viniendo del corazón no sales del corazón de Cristo. Ven a mi, ven a mi pues soy de la familia, ya he quitado los obstáculos ahora extendiendo mis brazos y no tengo más ilusión que la de recibirte en mi corazón. Y así es en realidad.

III - 29/07/2014

Hemos llegado a un desarrollo progresivo de la gracia santificante. La cumbre de ese desarrollo de la caridad y de la gracia tiene que realizarla en nosotros el Espíritu Santo por una presencia especial suya, y cuando el alma va madurando y disponiéndose a esa coronación es cuando toda ella se convierte en unos brazos abiertos, en una invocación constante, en un deseo ardiente de que se corone la obra de Cristo.

Y por otro lado, es Cristo en nosotros, su corazón en nosotros, el que está llamando el Espíritu Santo para que corone esa obra, para que del seno del Padre venga al nuestro. Así a través de esa venida del Espíritu Santo a nosotros Jesucristo también viene a nosotros de un modo particularísimo, no ya por aquellos actos más o menos exteriores que consideramos en su vida cuando convivía con los apóstoles sino por la operación divina del Espíritu Santo que está en nosotros. Ahora Jesucristo toma un contacto más íntimo con nosotros, un contacto espiritual no menos real, no menos eficaz. Al contrario, Jesucristo, en el Espíritu, está más cerca de nosotros que cuanto estaba con los suyos en el tiempo

de la vida terrena. Estamos más dentro de Cristo de lo que lo estaban los apóstoles que habitaban con El corporalmente. Por la venida del Espíritu Santo nos encontramos como sumergidos en la procesión divino del Espíritu. Por eso nunca debemos confundir el simple estado de gracia con la plenitud del Espíritu Santo y por eso también en nuestro estado de gracia y en nuestro esfuerzo ascético debemos invocar siempre ¡ven Espíritu Santo!

Esta oración es eminentemente apostólica. Tenemos que invocar al Espíritu Santo, llamarlo, abrirle las puertas no solamente en nombre propio para mí, a título individual y personal, sino que debemos invitarlo y así lo hacemos –en el himno– en nombre de toda la comunidad eclesial a favor de todas las almas en estado de gracia: ‘da a tus fieles que en ti confían el sagrado septenario’. La invocación del Espíritu se hace sobre aquellos fieles que están ya en gracia como los apóstoles que estando en gracia esperaban el Espíritu Santo. Las almas más fervorosas son las que invocan con mayor fervor. Más aun, en esto se puede ver el fervor de un espíritu en la manera en que invoca la coronación de la obra de Cristo. El secreto último del fervor del alma es el don de Dios. En último termino todo fervor es don de Dios, no lo podemos producir por nosotros mismos en nuestro corazón, nos lo da Él, el fuego de su amor.

Por eso el ‘¡ven Espíritu Santo!’ es una petición apostólica que podemos aplicar al apostolado concreto que cada uno de nosotros tiene. Lo podemos rezar concretamente por aquellas personas a las que debemos ayudar, formar, aconsejar, a las que debemos alcanzar con nuestro apostolado, con nuestro trabajo. Se puede extender a toda la iglesia, a todo el género humano, con la misma extensión con la que pedimos cada día en el Padre Nuestro ‘venga a nosotros tu Reino’. Es al mismo tiempo un acto de reparación por aquellos corazones que no quieren la presencia del Espíritu Santo, en aquellos corazones en los que resuena un grito ‘vete Espíritu Santo’ porque para el hombre, el Espíritu, se convierte en un estorbo cuando no le deja descansar en las criaturas, cuando no le deja en la serenidad en medio de sus vicios y entonces el hombre grita ‘vete de mí’. Por tanto, es un acto de reparación por los que se alejan del ‘Dedo de Dios’, por los que, habiéndolo recibido, lo entristecen. Decía san Pablo no entristezcáis al Espíritu de Dios, por los que le arrojan de su morada.

Podemos decir también que es por excelencia la oración de todo sacerdote, de todo guía de almas porque todo sacerdote, todo ministro del Señor, todo apóstol verdadero cumple su misión en la medida en que se hace de veras un ‘ven Espíritu Santo’ vivo, continuo y universal. El Padre dará su Espíritu bueno a quien se lo pide, sea para sí mismo sea para quien el Señor le ha confiado. Tú me los diste –dice Jesús al Padre– hablando de los discípulos y realmente que en la vida apostólica uno siente alegría cuando contempla como un alma se vuelve a Dios definitivamente y totalmente, y que corre, que vuela, hacia el Señor. Nunca pediremos con suficiente frecuencia ni con suficiente fervor y santa ambición el Espíritu Santo para aquellos con cuyo espíritu nos encontramos. Al encontrar fervor en un alma entonces nos sentimos ministros de Jesús unidos con esa alma y felices, pero cuando le sentimos perder el fervor o alejarse del fervor, preferir el amor propio antes que el amor de Dios, entonces sufrimos también nosotros como el Espíritu se entristece. Y otras veces el recuerdo del fervor de una u otra alma que conocemos nos avergüenza y entonces comprendemos que no podemos continuar en nuestra medianía y entonces nos sentimos impulsados a la fidelidad que nos hace ser uno en el Espíritu con aquellos por los cuales somos ministros de la gracia de Dios y del Espíritu Santo.

Es pues la gran oración, la oración que debemos continuamente tener en nuestros labios y en nuestros corazones. ¡VEN ESPIRITU SANTO!

IV - 30/09/2014

La exclamación ¡Ven Espíritu Santo! Nos la inspira el mismo Espíritu. Nos invita a hacer plenamente nuestra esa petición hasta el punto de obtener que se extienda en nuestro corazón hasta otros corazones para despertarlos al fervor. Nuestra invocación debe contener la intrepidez santa con la cual la Iglesia de nuestro tiempo repite con fervor cada vez mayor ¡Ven Espíritu Santo! ‘Y el Espíritu y la Esposa dicen ven, y el que oye diga ven’. Ha sido Juan Pablo II el que en su primera encíclica como vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia, haciéndose portavoz de la insistencia de la Iglesia misma, nos ha comunicado este grito induciéndonos a acompañarle en el. ¡Ven Espíritu Santo! ¡Ven, ven! Ese deseo general del cristiano que se ha identificado con la Iglesia, lo formula la secuencia en una serie de concreciones, deseos y anhelos más particularmente que vamos a parafrasear espiritualmente.

Después de la invocación general al Espíritu Santo se dice en la secuencia que vamos a comentar: ‘y manda desde el cielo hasta nosotros un rayo de tu luz’. Es de un contenido riquísimo. Podríamos pensar que son ideas un tanto ‘alambicadas’ pero no. En cuanto se refiere al Espíritu Santo, los Padres usan una terminología delicada, de fina profundidad. Se distinguen los dos conceptos. Una cosa es rayo y otra cosa es luz. Luz es la luz del día. El rayo de luz es algo más penetrante, más luminoso. Es causa de la luminosidad, produce la luminosidad, del el nace la luz aun cuando el rayo mismo viene de la luz. El rayo hiere luminosamente.

En el texto latino de la colecta de la vigilia de Pentecostés encontramos unas matizaciones sutiles por la riqueza misma de este contenido. Dice así la oración: Concede Señor Omnipotente, que brille sobre nosotros el resplandor de tu claridad, y que la luz de tu luz confirme con su ilustración los corazones de los que han renacido por el bautismo. Indica, pues el deseo de que brille sobre los fieles el resplandor de la claridad. Que la claridad divina lance sobre los fieles como un destello, un rayo. Juega, pues, con los términos: rayo, resplandor, luz, ilustración y claridad. Dios es claridad, y esa claridad llega hasta nosotros a veces como un rayo, como un resplandor. Y la 'luz de tu luz', así lo decimos también en el credo cuando hablamos del Verbo 'luz de luz'. De nuevo se refiere a ese resplandor que arranca de la claridad misma que es Dios. Todo esto significa que la riqueza comunicada por el Espíritu es como un destello personal de la claridad de Dios. Con su venida a nosotros nos ilustra, nos ilumina e ilumina todo lo que hay alrededor de nosotros y permite que caminemos en la luz.

Dios es luz, en El no hay tinieblas. Pero no basta que esa luz esté ahí en el fondo de nosotros, que esté allí lejana en Dios sino que nos debe iluminar. Muchas veces esta en nosotros junto con las tinieblas y aunque las tinieblas no pueden ahogar la luz dificultan su llegada hasta el corazón. Por eso pedimos al Espíritu Santo 'mádanos desde el cielo un rayo de tu luz'. Es decir envía aquella luz radiante que nos haga entender tu claridad y cuando llegue hasta nosotros un rayo de la dulzura de Dios nos hará entender qué es Dios.

En el fondo, ¿por qué nuestra vida es tan lánguida? ¿Por qué nuestra vida es tan oscura? Porque no hemos gustado la luz de tu luz, porque no hemos gustado el resplandor del Espíritu Santo, porque no hemos tenido ese pregusto de felicidad eterna que es la vida pentecostal. No han bajado sobre nosotros las lenguas de fuego que bajaron sobre los apóstoles. Cuando uno gusta la luz tiene hambre de más luz. Es como si en un momento ante un paisaje maravilloso hubiese habido un chispazo de luz en la noche, un rayo que ha iluminado instantáneamente todo el paisaje y nos deja con hambre de ver porque aquello no ha sido contemplar, no ha tenido los colores vivos y la paz serena que tendría la contemplación. Y uno desea volver a ese mismo sitio para contemplar con plena luz ese espectáculo maravilloso que ha entrevisto. Esto es lo que pedimos: ¡Ven a nosotros! ¡A cada uno de tus fieles para su coronación interior, para su acercamiento a la luz que es el Padre! ¡Préstales la ayuda de tu riqueza!

V - 01/12/2014

Podríamos expresar así nuestro deseo: De aquel gozo eterno que Tú eres, en la intimidad del Padre y del Hijo, de ese resplandor de amor, envía un rayo de gozo, de alegría. No pedimos una gracia cualquiera, ni una luz cualquiera como la de un día gris –también los días grises tienen luz– sino que pedimos aquella gracia tuya, aquella claridad tuya que es rayo de alegría sobre el alma, de felicidad y de gozo, esa luminosidad que te hace saltar de alegría; porque la operación perfecta de la gracia se extiende sobre la pobre tierra de nuestra alma como el rayo luminoso del sol por entre las nubes sobre el campo.

Y esto lo pedimos después de interminables jornadas grises con el mismo afán con que en medio de un invierno implacable, tras interminables días nublados y lluviosos se pide que salga un rayo de sol. Hemos tenido también luz todo el invierno pero el campesino clama: '¿Cuándo saldrá el sol?' Esto es lo que pedimos 'haz brillar ya el sol en nuestra alma, en esta aridez, en la jornada gris de nuestra existencia'. Vivimos a la luz del día. El día es día, pero es una vida gris y deseamos la venida del Espíritu Santo para que nos ilumine y nos envíe un rayo de luz.

San Pablo lo expresaba en su carta a los Corintios 'Dios que dijo: brille la luz del seno de las tinieblas, El mismo ha brillado en nuestros corazones para que iluminemos el conocimiento del resplandor divino que se refleja en el rostro de Cristo Jesús'. Esto es lo que pedimos: la gracia perfecta que entreabre al corazón humano el sentimiento vivo de la bondad y amabilidad divina. No es todavía el sol pleno de la gloria, no es todavía la visión directa e inmediata de Dios pero sí algo de Dios. Un conocimiento experimental auténtico de la caridad actual de Dios que se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos está dando. Es una luz sapiencial que nos manifiesta a Dios como nuestro fin en virtud de una comunicación de sí mismo que es de su parte acto de caridad actual. Una seguridad experimental de ser amado de Dios, de la voluntad salvífica del Padre.

Pedimos un rayo del conocimiento espiritual que Jesús prometía a sus discípulos fieles, 'lo veréis'. Por fulgurante que parezca aquí abajo ese rayo no es más que la sombra de Dios. Así experimentan al Espíritu Santo los que no son del mundo, los que se abrazan fielmente a la cruz. Consiste en darse cuenta, de una manera impresionante, del carácter personal del Espíritu Santo presente en su operación santificante por una especie de revelación interior. Es como si un velo cayera descubriendo la realidad y al caer el velo se encuentra uno con un resplandor de amor, todavía no de visión; y en amor, que todo lo ilumina, lo conoce.

La fe, siguiendo siendo fe, comporta esa especie de transparencias pasajeras y relativas de lo que continúa encubriendo. Y esa luz enfervoriza el corazón. Y en el fervor, la gracia no es ya latente, ya no estamos espiritualmente en la noche. El verdadero fervor es una experiencia de la gracia. La gracia es luz y calor. El fervor implica una inteligencia luminosa, es ver claro el punto que principalmente y únicamente nos interesa: la amabilidad de Dios, Dios me ama merece que le ame y el corazón se inflama en amor de Dios ardiendo en deseos de verle amado. ¡Dichosa el alma que es fiel a estas fulguraciones de la caridad divina!

¡Ven Padre de los pobres! Padre de los pobres es una invocación que se refiere precisamente al Espíritu Santo en cuanto es solícito por el bien de los huérfanos. El sentido hay que buscarlo en la promesa de Jesús a sus discípulos ‘no os dejare huérfanos, vendré a vosotros’. Promesa que viene a continuación del envío del Espíritu Santo, es padre providente y cariñoso de los que son pobres de espíritu, de las almas que se reconocen débiles, destituidas de posibilidades, incapaces pero sin depresiones psíquicas, con un sentido de humildad sincero. Estos son las almas predilectas del Espíritu Santo. Para con ellas se muestra más particularmente la piedad paterna de Dios a quien la Iglesia designa como Padre Misericordioso, clementísimo, lleno de cordialidad. El es un abismo de clemencia y de misericordia.

La Iglesia repite, con frecuencia, que nos sostenga la continua misericordia sobreabundante del Señor. Es, pues, como el complemento y la cumbre de aquella esperanza dirigida a los pobres. Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos porque el Espíritu Santo será su padre. El premio que se les va a dar es el Espíritu Santo.

Pero al Espíritu Santo se le llama Padre de los pobres en un sentido mucho más profundo en cuanto que ese sentimiento de pobreza del alma es fruto del Espíritu Santo. Si no hay Espíritu Santo no existe esa actitud de espíritu. El pobre sociológico puede ser pobre de espíritu y puede no serlo. El que se gloria de su pobreza, el que pone su confianza en su vinculación a otros, en la protesta agitada... ese no tiene el sentido del pobre evangélico. Es verdad que la pobreza de espíritu no quiere decir resignación pasiva y fatalista pues la actuación diligente y eficaz por superar condiciones inhumanas e injustas no es soberbia en el que está lleno del Espíritu. No es prepotente, actúa como debe actuar pero manteniendo el sentido íntimo de pobreza del alma, de necesidad de Dios, con certeza de la propia impotencia. Esta postura evangélica es muy difícil, es fruto del Espíritu Santo dentro de nosotros. El alma tocada por el Espíritu es, precisamente, la que se siente pobre, si no uno se siente soberbio, satisfecho de sí mismo.

VI - 05/02/2015

Solo el Espíritu infunde en el corazón la disposición inefable de la humildad. Por eso ‘ven Padre de los pobres, de los humildes, hazme humilde’. El alma humilde es hija predilecta del Espíritu Santo, El es el que ha engendrado esas disposiciones de humildad. La humildad forma siempre el fondo del fervor, sin ella el fervor jamás es puro sino que suele tener mucho de amor propio; de ahí el encanto que produce las almas que la poseen de verdad que se manifiesta en ese ‘no sé qué’ de sencillez, de falta de estima personal, de sentido de debilidad interior, de prontitud generosa para cualquier servicio y misión sin cálculos prudenciales del amor propio... El mismo Espíritu, pues, forma en los corazones la pobreza espiritual, el sentido de necesidad de Dios, el hambre y la sed de la justicia, los deseos ardientes del tesoro divino, porque para ellos el único tesoro es Dios y le buscan con verdadera ansia.

El Espíritu Santo aleja el sentido de complacencia en sí mismo y de vana satisfacción. Pobreza que no tiene nada que ver con lo que puede ser un complejo de inferioridad, al contrario, puede ser su curación. La pobreza de espíritu esta en el polo opuesto de la actitud histérica. Esta actitud es la que brota de llevar de mala gana el no poder hacer un buen papel, y de ahí nace una falsedad a la cual va involucrándose uno a sí mismo y va buscando otra línea de apariencia para llamar la atención. Es un desorden del instinto humano que llevamos de querer ser centro de interés y al no poderlo ser realmente con nuestras capacidades tratamos de serlo por una vía ficticia, por una vía que llame la atención, la enfermedad, lo extraordinario, lo milagroso, lo excepcional... que haga que los demás tengan que centrar su atención sobre nosotros. Todo eso no sucede en el que es verdaderamente pobre de espíritu que siente fuertemente la indigencia del contacto con Dios y que entre tanto abraza su miseria con paz con espíritu humilde.

El Espíritu Santo Padre de los pobres crea en el corazón el gozo secreto de la experiencia de nuestra propia debilidad. Lo que impide la venida del Espíritu Santo no es nunca la propia miseria sino el propio orgullo, la propia auto-suficiencia. Cuando el sentimiento de miseria, de pequeñez, de limitación –que es en sí mismo doloroso– se resuelve en una serena alegría por las propias limitaciones y el hombre se siente contento de tener que atribuirlo todo al Señor, entonces, nos encontramos con una acción clara de la presencia del Espíritu Santo que es, al mismo tiempo, la mejor disposición para que venga con toda su plenitud. Entonces es cuando el hombre exclama con toda su alma: ‘¡Ven padre de los pobres! ¡Ven dador de los dones!

Si el Espíritu Santo es Padre de los pobres no es para dejarlos en la miseria, en aquella miseria en que ellos mismos aceptan en secreta alegría en medio del dolor que les causa, sino que como dice el Señor los que tienen hambre serán

hartos y el Espíritu Santo es como la riqueza constante para los pobres de espíritu, es la perla preciosa que los puede enriquecer ya que no tenemos nada que ofrecerle. Es lo dice san Pablo 'no son los hijos para los padres sino los padres para los hijos'. No son los hijos los que deben preparar un tesoro para sus padres sino que son los padres los que preparan los tesoros para sus hijos. No eres tú el que tiene que ofrecer ese tesoro a Dios sino que es obra del Padre de los pobres dar esos dones a sus propios hijos. El Espíritu Santo dice a los humildes de espíritu lo que el padre de la parábola decía a su hijo mayor: "hijo todas las cosas mías son tuyas, todo lo mío es tuyo". Así opera el Espíritu Santo como dador de los dones.

¡Ven Padre de los pobres dador de los dones! ¿Qué dones son estos de los que el Espíritu Santo es distribuidor? Son diversos por eso está en plural dador de los dones. No de un solo don, por eso los dones que aquí se piden al Espíritu Santo, distribuidor de ellos, no hay que confundirlos con el sacro septenario. Se trata de dones particulares, aptitudes profesionales, pastorales, de oficio, de colaboración. San Pablo nos habla concretamente de los dones que el Señor, al subir a lo alto, distribuyó entre los hombres. Puso a unos como apóstoles a otros como profetas a otros evangelistas a otros pastores y doctores para la edificación del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El dador de los dones es dador de oficios diversos. Los oficios en la Iglesia y otros tantos favores son concedidos no precisamente a favor del que recibe el oficio de apóstol o de predicador si no a favor de los hombres para los cuales se han comunicado esos oficios. Todos son para servir a Cristo en las almas, para formar a Cristo en las almas. Para esto se dan y para esto los pedimos. No podríamos con justicia pedir esos dones para regodearnos nosotros en ellos, son dones para bien de las almas.

También podemos hablar del Espíritu Santo como dador de dones diversos según la diversidad de las verdades evangélicas iluminadas por Él. La riqueza del Señor es en el fondo la Palabra de Dios y los dones que nos trae son la riqueza del corazón de Cristo. Ahora bien, las riquezas que Él mismo ha manifestado en el evangelio y según la diversidad de ellas, así también, son diversos los dones del Señor testimoniados interiormente y comunicados en relación con aquella verdad que el Señor particularmente pretende comunicarnos a nosotros. Tenemos necesidad de muchos dones para nuestro trabajo personal, de santificación y también para ayudar a los demás en su salvación para edificación del cuerpo de Cristo. Por eso sintiéndonos pobres tenemos que pedir: ¡Ven dador de los dones!

VII - 25/03/2015

Cuantas veces hemos observado como el Espíritu Santo capacita y se derrama con sus dones sobre las personas en la ayuda espiritual de las almas que el Señor nos confía o pone a nuestro lado en el trabajo apostólico. Cuantas veces tenemos la impresión de que tenemos que estar mucho más dotados de lo que estamos, tendríamos que ser mucho más ingeniosos para hacer el bien y siente uno que no le responden sus fuerzas, y nos encontramos en la ansiedad de no saber qué camino tomar es nuestra pobreza... y ahí está, precisamente, el Dador de los dones que quiere enriquecernos cuando estamos en verdadero fervor.

Llevamos en nosotros al Dador de esos dones que nos son necesarios para hacer el bien. El viene para enriquecernos con ellos por eso el deseo del alma es esa actitud pentecostal que exclama ¡ven Dador de los dones, te necesito, soy pobre, ven con tus riquezas! Cuantas veces hemos podido experimentar, humildemente, que el fervor hace maravillas; que cuando estamos 'entonados', cuando podemos decir desde el fondo del corazón 'ven Espíritu Santo', El hace que vibre nuestro corazón y es cuando realmente transmitimos el Evangelio. Experimentamos que el fervor quita los obstáculos que se presentan, que el fervor es genial, que transforma las almas. Lo experimentamos así continuamente y lo vemos palpable cuando encontramos almas fervorosas que parecen que se multiplican apostólicamente, incansables, que encuentran una gran variedad y fecundos recursos para hacer amar a Cristo, medios para comunicar el calor, entusiasmo...

Y esto es lo que nos está faltando en esta vida: el entusiasmo por Cristo, el fervor interior que hace penetrar la vida de Dios en el otro. Estamos acomplejados. Tantas veces parece que no podemos ni hablar de Cristo porque enseguida nos van a decir al oído que somos triunfalistas, que la situación es fatal, que no se puede hablar de esa manera, que las cosas son complejas y muy complicadas... Nos estamos involucrando tanto en nuestra vida, nos metemos tanto en nosotros mismos, que ya ni nos atrevemos a hablar de Jesús, sino que todo tiene que seguir el carácter humano para que no lo tomen como una evangelización demasiado directa. Y así nos coge la muerte sin haber declarado ni un solo artículo del credo.

¡Ven Dador de los dones! No podemos excusarnos, no podemos cruzarnos de brazos y quedarnos tan contentos con esas excusas que no nos justifican ante el Señor. No podemos quedarnos indiferentes al no haber empleado a fondo todos los recursos que El nos había dado. Vemos al apóstol Pablo actuando con su fervor día y noche –como el mismo decía– en su despedida en Efeso: 'no he cesado estos tres años de exhortar personalmente a cada uno de vosotros. Yo ya he cumplido mi misión, la comunicación del mensaje de Cristo con muchísimos sufrimientos, persecuciones de fuera

de dentro, pero nunca me he avergonzado del Evangelio'. Así tenemos que estar: ¡llenos de los dones del Espíritu Santo! Aun en nuestra pobreza sustancial tenemos que hacerlo con entusiasmo.

Podemos también de esta manera pedir, que en cada uno de aquellos oficios que el Señor nos ha concedido, la plenitud de la caridad y del amor. Que toda nuestra actividad apostólica, sea cual fuere: apóstol, doctor, evangelizador... todas ellas, podamos ejercitarlas desde la fuerza del supremo amor de Cristo. Por eso el pedir 'ven Dador de los dones' quiere decir que le pedimos esos dones y la unión y amor de Cristo que es necesaria para su buen funcionamiento. Más que detallar, pues, los dones que necesitamos y esperamos de Él –cosa que ciertamente podemos hacer muchas veces materia de nuestra oración–, pidamos que se dé a nuestro corazón el Dador de todos los dones adquiridos para nosotros por la sangre preciosa del Redentor y pidamos al Dador de los dones la caridad, coronación y principio de todos los dones.

Dejémosle la discreción de proveer para nosotros y para nuestro equipo apostólico, la forma con que podamos responder lo mejor posible a las circunstancias reales en que nos hallemos y el Espíritu Santo pondrá en nosotros, más y mejor de cuanto os haríamos pedir. El don por excelencia que contiene la verdadera y total riqueza es el talento de saber agradar al Señor en todo, de ser fieles a Cristo, de escuchar siempre su voz. El talento de hacerle resplandecer en torno a nosotros en una palabra o en un gesto. La gracia en todas sus formas es el talento de entregarnos a El, ponernos a su disposición. Realizar el gran don de nosotros mismos a Dios es la raíz de todos los demás.

VIII 03/06/2015

Alivio en el calor

Alivio en el calor, consuelo en el llanto, luz beatísima, purifica lo que está manchado. Alivio en el calor, ¿qué calor es este, qué puede significar? Pues el calor material que uno tiene que soportar como compañía en el trabajo apostólico y de santificación. En medio de ese trabajo, de ese calor, de ese fuego, El es el alivio. Pero en la Escritura generalmente el término calor, fuego, es símbolo de las tribulaciones, de todo lo que significa prueba del alma que debe pasar a través del fuego. Nuestro trabajo por las almas, normalmente, se ejercita en medio de contrariedades diversas por eso mucho servidores de Dios prefieren trabajar a la sombra, tienen miedo del calor del pleno sol.

Significa toda cruz interior y exterior que carga en el trabajo añadiéndose a él. En medio de esas cruces el Espíritu Santo es el alivio que nos da la serenidad y la paz. Dice San Pablo 'todos los que quieran vivir según Cristo sufrirán persecuciones'. Esto es un hecho que experimentamos cada día sin embargo nos sorprende y desconcierta cuando nos toca a nosotros. Pero basta que en la fuerza del Espíritu nos renovemos en la viveza de la fe reconociendo la permisión divina implícita en la prueba para que esta se nos vuelva inmediatamente más soportable. Es ya un alivio que produce en nosotros el Espíritu Santo pues nadie podrá quitar ya de nuestra vida la presencia de contrariedades y persecuciones. El Señor jamás prometió una vida sin cruces. Cuando nosotros nos imaginamos una vida muy dichosa y damos como argumento que debe ser así porque somos fieles al Señor y somos cristianos y por lo tanto parece que todo debe salirnos bien es señal de que no hemos entendido el abc de la vida cristiana. La vida cristiana es vida de tribulaciones, vida de calor pero en la cual siempre hay un alivio. No es la eliminación de las tribulaciones ni siquiera su atenuación o la eliminación de las persecuciones. Démonos cuenta de esto: el alivio no nos quita el calor. Como el descanso en el Espíritu decíamos que no nos quitaba el trabajo sino que es alivio íntimo en el calor. Esta es la característica de la vida fervorosa es el reino de Dios hecho de paz y gozo en el Espíritu Santo que se promete como bienaventuranza a los que sufren persecución por la justicia.

En el fervor hay al mismo tiempo dos contrastes que parecerían irreconciliables: hay unión del temor con la confianza, a veces una cierta angustia y a pesar de ella en el fondo del alma esta la firmeza de la confianza, hay tribulación a veces verdaderamente pesada y en medio de la tribulación, allí en el fondo, ese alivio, en medio del calor la serenidad y la paz, alivio en el trabajo, en el calor. Por lo tanto, este alivio que se promete como bienaventuranza es la paz y gozo en el Espíritu Santo, en la persecución misma, no solo después de ella.

Consuelo en el llanto

También invocamos al Espíritu con la palabra consuelo en el llanto. Los que lloran son los que no se sienten a la altura, se sienten afligidos por el sufrimiento, por las propias limitaciones incluso por las propias infidelidades, por los propios pecados. Afligidos también por la pérdida de tantos que se alejan de Dios. Estos son los que lloran. El Espíritu da a estas almas que lloran por los propios pecados una resolución ferviente después de una falta sinceramente confesada y sinceramente aceptada con humildad. La resolución fuerte del Espíritu nos promete que nos asistirá para seguir caminando adelante. Podemos recordar el llanto y las lágrimas de la viuda de Naín, el llanto y las lágrimas de Marta y María, el llanto y las lágrimas de la Magdalena junto al sepulcro del Señor, el llanto y las lágrimas de Pedro después de su caída cuando saliendo fuera empezó a llorar amargamente. Todas estas lágrimas las enjuga el Espíritu Santo pero

además cuando son lagrimas que brotan del dolor de los pecados, de las pérdidas de las almas o de la compasión con Cristo en si mismas llevan el consuelo del Espíritu y están llenas interiormente de la paz y del gozo, de la riqueza interior del amor. Brotan del amor y son fundamento del mismo amor.

Luz beatísima

¡Oh luz beatísima, llena los corazones de tus fieles hasta el fondo! Sin tu presencia graciosa nada hay en el hombre que no esté manchado. Decía Jesucristo que quien obra el mal huye de la luz. Aquí el fiel movido ya por el Espíritu ansía la luz y suplica a esa luz personal que es el Espíritu Santo que penetre hasta los entresijos tenebrosos de su corazón humano donde el hombre mismo tiene miedo a bajar porque siente vértigo y porque intuye la suciedad vergonzosa que en esos sótanos interiores como alcantarilla del hombre se aloja. Es grito valiente. Por la doctrina evangélica sabemos que el cristianismo es religión del corazón. La luz no es simplemente la iluminación objetiva o un comportamiento que seguir, sino que pone al hombre entero bajo su acción e ilumina lo escondido del corazón, de las tinieblas, para transformarlo en luz luminosa. Como dice san Pablo 'erais en un tiempo tiniebla, ahora sois luz en el Señor'. El Espíritu es luz, en El no hay tinieblas. Es Espíritu de sinceridad y de verdad. Y en el hombre que ha sido iluminado surge el hambre de luz, la mirada admirativa hacia la luz beatificante. ¡Oh, Luz Beatísima!

IX- 12/08/2015

Esta luz del Espíritu Santo es beatísima en sí, en la serenidad atrayente, en la eliminación de la mentira y de la tortuosidad. Esa luz es el secreto de las bienaventuranzas. Beatísima en sí y comunicadora de la bienaventuranza; y cuando nos inunda nos hace felices, aun no con la felicidad del cielo pero sí en la felicidad experimentada en Dios que ya aquí abajo es algo supremo e incomparable que ha hecho exclamar a algunos santos: "¡basta Señor, basta!" Porque era más de lo que su débil organismo podía resistir.

Esa luz beatísima atormenta, ilumina, los senos tenebrosos del corazón como un rayo potente de luz introducido por los sótanos sucios, por las alimañas; y este rayo de luz que ilumina y fortifica nos lleva también a desear que lo purifique todo. Sin la presencia del Espíritu Santo lo íntimo del corazón es tiniebla —en toda la fuerza de la palabra—, es ignorancia, falsedad, mentira, malicia, tristeza... Solo la luz beatísima, la luz vivificante del Espíritu puede hacer resplandeciente el fondo de nuestro corazón. Algo —más superficial—, se encuentra, aun humanamente a veces pero cuantas veces, en medio del gozo exterior, en medio de la aparente luminosidad exterior. En el fondo del alma hay una oscuridad y una tiniebla que solo puede disipar la luz beatísima concedida a los fieles. Tenemos que insistir siempre que en esta secuencia estamos invocando al Espíritu Santo sobre los que ya son fieles.

Invocación, pues, de soberana humildad que reconoce y afronta el abismo de la propia pecaminosidad. Por el hecho de que nuestro nacimiento es en aversión divina y en privación de gracia, nuestro corazón ha quedado profundamente depravado; todo está viciado, nocivo, tocado por la morbosidad de nuestro egoísmo. Nada hay inocente del todo en nuestras disposiciones. En la medida en que no es recreado, nuestro corazón está lleno de depravación y lo que sale de él nos mancha como decía el Señor "del corazón del hombre salen los malos pensamientos y deseos". El hombre sin Dios es como una bestia nociva, venenosa; muchas veces en lo íntimo del corazón siento como un misterio que no se entiende, sentimientos, resentimientos, tentaciones y todo eso es como una oscuridad, como una tiniebla... Pedimos para los fieles, para los que son ya creyentes. No todo es pecado —sabemos que no lo es—, pero pedimos que en el corazón de tus fieles se encienda la luz beatísima que llene de luz lo íntimo del corazón; ahí donde tenemos que llegar para renovar la intimidad del hombre, para revestirlo radicalmente de Cristo. Y esto porque sin tu ayuda, Espíritu Santo, nada hay en el hombre que no sea culpable. Sin la ayuda del Señor no hay inocencia en el hombre. Sentimos dentro, frecuentemente, inclinaciones que no son luminosas tendencias inconfesables que nos avergonzaría mucho mas de los que confesamos pero que no tenemos siquiera el valor de mirar cara a cara; pero están ahí y a veces en determinadas circunstancias se alzan contra nosotros y nos asustan. En el campo del odio, del amor, de la pureza, de la impureza... todo eso que está ahí en el fondo que es consecuencia del pecado. Si no viniera el Espíritu Santo a ese fondo que hay en nosotros nunca estaría del todo limpio y aun así siempre queda en nosotros cierta inclinación, ciertas tendencias hasta el fin de nuestra vida hasta que lleguemos a entrar en el Paraíso.

La acción del Espíritu no se ciñe solamente a ordenar la voluntad, a llevarnos a hacer lo que debemos hacer, si no que esa acción del Espíritu se dirige hasta lo íntimo y va transformando nuestro corazón, nuestro sentimientos, para hacerlos luminosos, para que el corazón quede renovado. ¡Cuántas veces pedimos envía tu Espíritu y renoveras la faz de la tierra! Sí, renoverá el rostro de la tierra pero evidentemente que esto no se refiere al aspecto material de la tierra sino que renoverá el fondo del corazón del hombre y en consecuencia todo lo que es la vida humana. Cuando los corazones de los hombres sean poseídos por el Espíritu Santo, cuando les de un corazón nuevo, entonces se renovera la faz de la tierra. ¡Cuántas veces nos encontramos con el propio corazón como un corazón que esta envejecido, que no produce lo que debía producir! Lo querría uno renovar del todo y no sabe cómo hacerlo. He aquí que viene el Espíritu

Santo y renueva el corazón, lo purifica hasta lo hondo, sabiendo bien que sin su ayuda nada hay en el hombre que sea del todo inocente.

Cuando experimentamos el vacío y la oscuridad interna del corazón es el momento de pedir esa plenitud íntima de la luz beatificante. La invocamos sobre los fieles para que sean más fieles todavía. Fieles son los que no buscan su satisfacción fuera de Dios sino que siguen la ley de la caridad, son los que no cierran los oídos del corazón sino que acogen las lecciones del Evangelio cuando la luz del Espíritu se las recuerda en el tiempo oportuno, son los guiados por el Espíritu del Señor. Esos fieles al Espíritu Santo se vuelven característicamente luminosos, sinceros. Con una sinceridad resplandeciente que no tiene nada que enmascarar; y lo que expresan, en su sinceridad, es la luz beatísima que les invade hasta el fondo. En su sinceridad expresan la presencia de Dios y esa sinceridad de Dios es irresistible en el apostolado. Esta luminosa purificación que transforma lo íntimo del corazón y hace germinar, en el, los movimientos radiantes de bondad ilimitada, es la que imploramos, decididos a cooperar generosamente en esa obra que es nuestra plena redención.

X 08 X. 2015

Por otro lado su Presencia, la que nos ha venido de la luz del Espíritu, se hace insufrible aun para las impurezas humanamente pequeñas. El Espíritu Santo no es un don tranquilo. El primer signo infalible de su autenticidad es la de purificar dolorosamente al ser que invade. Donde hay Espíritu, allí hay purificación interior. No puede dejar reposado y sereno al hombre en su medianía, en su tibieza. Como fuego purificador asalta toda la roña de orgullo, impureza, sensualidad, egoísmo, avaricia, pereza, villanía del alma. Nuestra opacidad puede resistir y debatirse en su crisol pero si de verdad está el Espíritu Santo no le dejara en paz. Por tanto si hay impureza acogida, no molestada, y hasta justificada con maravillosas acrobacias dialécticas, entonces, no está ahí el fuego del Espíritu, la luz beatísima que llega hasta lo hondo del corazón.

Esta purificación suele operarse con frecuencia por medio de la acción desagradable de las pruebas interiores soportadas con fervor o al menos soportadas con solidez de la fe, porque el fervor mismo purifica ya el corazón de las faltas cotidianas inevitables que, por otro lado, nunca deben desanimarnos.

Las estrofas siguientes de la secuencia analizan esta acción del Espíritu que es purificadora y sanadora. El Espíritu purifica lo que está sucio, riega lo que está seco, sana lo que está herido, dobla lo que está rígido, calienta lo que está frío, endereza lo que está desviado. El obstáculo humano a la plenitud de la gracia de Dios tiene esos matices y puede expresarse con estos términos. No siempre son realidades diversas pues lo manchado es lo que es rígido al mismo tiempo y lo que es rígido es también lo que tiene características de frialdad y de desvío; lo que es suciedad es herida y la misma suciedad es frialdad y desvío.

Pero no solo significa esto sino que toda esta obra del Espíritu –que se llama fuego purificador, agua viva, calor vital y rectitud sin rigidez– se realiza en todos los niveles de la vida espiritual. En el grado en que la luz beatísima se nos comunica, en ese mismo instante nos ilumina porque toda comunicación del Espíritu trae consigo abundancia de inteligencia penetrante. Y lo que preferentemente ilumina es, junto con la presencia cierta y consoladora de la caridad de Dios que nos envuelve misteriosamente, el fondo de nuestra miseria. La luz beatísima pone al rojo vivo la conciencia de nuestra imperfección y de nuestro fondo junto con un deseo de purificación y con la confianza cierta de que Espíritu Santo la llevara a cabo.

Tan segura y confiada es la oración en el Espíritu que asume características de imperativo amoroso: purifica lo que está manchado, riega lo que está seco, sana lo que está herido. Manchado significa muchas cosas en general se refiere a la suciedad pero el termino latino de la secuencia es sórdido y muchas veces en nuestro lenguaje se llama sórdida particularmente a la avaricia, a la avidez del amor propio. Nosotros llevamos, dentro de nosotros, un poco de estas cosas: suciedad, avaricia, amor propio... Esta miseria nuestra nunca debe desconcertarnos ni llevarnos a perder el equilibrio, es una realidad. Su presencia o su manifestación va desvelándose en nuestra debilidad interior pero no debemos interpretarla como una frustración del plan divino sobre nuestras almas pues el Señor cuenta con todo ello. Cuando el Señor te ha escogido lo conocía ya, no es que se entere ahora de tus reacciones, de la realidad de tu pequeñez, de tu miseria, de tu corazón manchado... Todo esto no es ninguna sorpresa para El, ni queda maravillado por su existencia. Al contemplar tus debilidades no dice: '¿me has defraudado!' o '¿no esperaba de ti tales sentimientos!' Porque nuestras limitaciones y nuestras miserias como tales no frustran los planes de Dios.

Podemos colaborar con el Señor en este trabajo de purificación, es más, debemos hacerlo con todas nuestras fuerzas. Hemos de colaborar en la purificación de nuestras avaricias, de nuestro amor propio, pero con paz. Sabiendo que la obra más que nuestra ha de ser del Espíritu Santo. Se trata de que vayamos deseándole, tratando sinceramente de conformarnos con El y dejar actuar sus impulsos sobre nuestra alma. Nosotros podemos –con términos muy humanos– barrer nuestra alma con nuestro trabajo o con los exámenes de conciencia, pero la acción del Espíritu se asemeja a

fregar, a lavar con lejía o con detergente, a una purificación más radical que anhelamos y tanto más anhelamos cuanto más esa suciedad se nos escapaba.

XI 02/12/2015

Cura lo que está herido. Está herido el hombre cuando no funciona bien como dice el Señor en la parábola del buen samaritano al hablar de aquel hombre que quedó medio muerto. Ese es el hombre herido, vulnerado. Todos nos encontramos en el estado de aquel hombre del que habla el Señor. Los cuidados procurados por el buen samaritano, imagen de Cristo, nos lo administra por el Espíritu Santo. El aceite y el vino que Jesucristo deposita sobre nuestras llagas es el Espíritu que se unge sobre las heridas que necesitan de curación.

En general hay dos etapas de conversión que corresponden a la doble operación del Espíritu Santo. La primera es un movimiento hacia la gracia, la segunda es el progreso espiritual. Es normal en el progreso espiritual que se realice lo que Jesús expone en la parábola de la oveja perdida, a saber, que cuando el pastor encuentra la oveja perdida la lleva sobre sus hombros para unirla a las demás ovejas y hacerla llegar hasta el redil paterno y dice expresamente Jesús que el pastor las toma sobre sus hombros. Esto no es signo de pereza por parte de la oveja, la lleva sobre los hombros porque esta herida. El Señor cuenta, pues, con las heridas de las ovejas que lleva hacia el Padre. Por lo tanto esto entra plenamente en los planes de Dios y no nos debe asombrar absolutamente el que nos encontremos heridos.

Pedimos al Espíritu Santo que nos cure de esas heridas conocidas o desconocidas. Efectivamente, la vida de fervor remedia las heridas. Es verdad que el Espíritu Santo no habita, ni siquiera visita al alma, que se obstina en pecar; pero aun se aleja más del alma que se cree sin herida del pecado. Llamamos, pues, al Espíritu Santo no porque nos sentimos dignos de su presencia si no como el enfermo llama al médico, pues no son los sanos los que tienen necesidad del médico si no los que se encuentran enfermos.

También se puede aplicar esta petición de curar la herida en un sentido más elevado de vida espiritual. Hay en efecto otra herida en el hombre causada por el Espíritu, causada por el amor. San Juan de la Cruz nos habla de ella: “y todos cuantos vagan de ti me van mil gracias refiriendo y todos más me llagan y déjame muriendo un no sé qué, que me quedan balbuciendo”. Lo que está herido entonces es el corazón mismo por las heridas del amor divino y el remedio de esas heridas, que aquí se invoca y que cura lo que está herido, no es otro si no que el amor mismo; como también lo expresa el mismo San Juan de la Cruz diciendo “mira que la herida de amor que no se cura si no con la presencia y la figura”.

Riega lo que está seco, árido. La pereza la esterilidad la impotencia de hacer es lo que se llama aridez, sequedad. No debemos resignarnos nunca a la aridez en nuestra vida espiritual aunque es un hecho que se encuentra con cierta frecuencia. Es normal que haya altos y bajos en la vida del espíritu. En cuanto toca al fervor espiritual tenemos que aceptar esa aridez durante el tiempo en el que se abate sobre nosotros. Reconocer que es verdad, que me encuentro en aridez pero no revelarnos entonces. Se trata de estar resignados en medio de la aridez, pero no resignarnos a la aridez. Cuando la aridez no es ya sufrimiento no es buena señal. Debemos desear la devoción de la que tenemos necesidad para servir a Dios, esto no quiere decir que debamos impacientarnos ni agitarnos y que queramos violentar a la gracia. Lo que debemos hacer primero es aceptar la prueba y luego gemir serenamente —que no significa con indolencia—, por las aguas y riegos de la devoción, por el don del Espíritu, cooperando con la purificación y sincera abnegación que abren las puertas a que el Espíritu derrame a raudales sus aguas.

Riega lo que está seco. Dios sabe cambiar el desierto en manantial. El riego sobre la sequedad no se traduce siempre en fruto y efecto sensible, en la inmediata cesación del estado de aridez. Sobre todo tratándose de almas que avanzan suele suceder que el vigor y la renovación del corazón se comunican secretamente, como respuesta secreta en la fidelidad con que se mantiene ante Dios sin experimentar consuelo. Este consuelo se siente en sus efectos y es tanto más profundo y eficaz cuanto menos sensible.

Esta invocación se puede hacer también en nuestras dificultades de oración y en las dificultades para penetrar y gustar el sentido del Evangelio. Riega lo que está seco. ¡Padre, en Nombre de Jesús, dame tu Espíritu! Entonces pedimos y el Espíritu Santo suele concederlo, que ponga nuestro corazón en movimiento, que nos ayude a que las verdades evangélicas se graben y se arraiguen en el alma, que ablande nuestra dureza insensible.

XII, 4.II. 2016

Antes pedíamos el rayo luminoso que nos hiciera penetrar en la claridad del Espíritu Santo, ahora pedimos la luz del día para el corazón, para ver todo a la luz de Dios. Ven luz de los corazones, en contraste con la oscuridad e ignorancia de las cosas de Dios. Según canta Zacarías en el Benedictus los que están en el paganismo están sentados en tinieblas y en sobras de muerte. Quien conoce a Dios camina en la luz. El Señor nos exhorta a que caminemos en la luz mientras

tengamos luz; vendrá la noche y entonces ya no se podrá caminar. Es la luz que pedimos al Espíritu Santo: luz de los corazones, una luz creciente que ilumine el ideal que Dios quiere de nosotros, luz creciente en nuestro modo de obrar para que sea cada vez más luminoso, como crece la luz del día desde la aurora al medio día. El medio día debe ser la luminosidad de nuestro encuentro con Cristo, luz de los corazones.

El Señor mismo indicaba el paso progresivo de esta iluminación cuando en la última cena les decía a los apóstoles 'todavía tengo muchas cosas que comunicaros pero no las podéis entender por ahora... vendrá el Espíritu Santo y El os recordara cuanto yo os he dicho. El iluminara vuestro corazón y os introducirá en la verdad integral'. Este es el ideal que nos introduzca a la verdad total.

Ven luz de los corazones. Lo que pedimos no es la claridad de una inteligencia especulativa sobre un punto particular si no la inteligencia propia del amor, la perspicacia del corazón. La claridad caliente del Espíritu Santo hace luminosa la mirada del corazón, ensancha el horizonte universal de nuestras acciones que se vuelven así operaciones luminosas e ilumina poco a poco el sentido de las Escrituras. Constituye la claridad del ojo evangélico sencillo que hace luminoso todo el cuerpo de nuestras relaciones con el prójimo porque el progreso de la gracia implica también la comunicación de sí mismo al prójimo como verdadera fructificación. Así el Espíritu Santo nos pone en la plena luz del Señor y nos da la verdadera iluminación de las verdades evangélicas porque la clave de la inteligencia del evangelio es la presencia del Espíritu Santo.

Pedimos, pues, un corazón luminoso, sin tinieblas. Un corazón resplandeciente por la presencia del Espíritu Santo, un corazón transparente a la mirada de Jesucristo, un corazón consciente serenamente de que es conocido por Dios, de que es amado por Dios. Conciencia que ilumina el alma y le da esa alegría estable bajo la mirada amorosa de Dios. Es contacto con Dios en lo íntimo del corazón cerradas las puertas de los sentidos. Se percibe, a veces, este contacto cuando reina el silencio interior, cuando uno ha puesto un poco de esfuerzo dócil en su vida por crear esa zona de silencio en torno al corazón; y ahí dentro continúa siempre encendida la lámpara que hace vela al Señor en el sagrario del corazón. Entonces hay momentos en que esa luminosidad ese contacto íntimo, auténtico, sincero con el Señor, en la sencillez del deber diario, se hace clara a nuestro espíritu.

Esa luminosidad aparece, a veces, en contextos que se refieren al fervor del Espíritu dentro de la misma vida de gracia. Decimos 'ahora me encuentro en la oscuridad, no tengo luz', en cambio, con el fervor del Espíritu Santo parece que todo se hace claro, ordenado, transparente. Es lo que pedimos: un corazón fervoroso. En el fervor se puede decir que el Espíritu Santo viene luminosamente a nuestro corazón. Este 'va y viene' no se toma en un sentido material. Sabemos que Dios está en todas partes. Pero no nos referimos a eso cuando decimos que se nos 'ha ido el Señor', nos referimos a la presencia vital de su presencia. 'Va y viene' en la medida en que el alma internamente sensible a su presencia, en que siente o no siente la presencia del Señor. Si no la siente decimos 'se ha ido el Señor', solo cuando la siente decimos 'el Señor se ha acercado'. Jesús viene con el Espíritu Santo pero, en cierto sentido, viene 'escondido', viene en la comunicación de su fervor.

Sabemos que el Señor esta cerca por el hecho de que la fe nos enseña que ese fervor viene comunicado todo del corazón mismo de Cristo, por lo tanto, si ese fervor viene del corazón de Cristo, Cristo esta cerca en sentido vital. El calor que se siente en el corazón viene del corazón de Cristo. Así como no hay día sin sol, aun cuando no se ve el cielo azul porque hay nubes, el día existe cuando hay sol. Si no hubiera sol, evidentemente, no habría día. Pero esa luz que existe es efecto de la gracia y así es en efecto la gracia divina en su luz. Aunque no vemos la gracia en sí misma, la gracia está ahí. Se perdería cuando se cayese en pecado, entre tanto es día, estamos en la luz aunque haya nubes.

La gracia divina no existe sin el Espíritu Santo, es más, sin la Santísima Trinidad dentro de nuestro corazón. Ahora bien, como decir que el sol nos ilumina, así también decir que la gracia nos santifica, es decir, que Dios nos santifica. No porque Dios sea la gracia si no porque Dios nos da su gracia y en la gracia se comunica a sí mismo. Pero en la gracia —que no existe sin la presencia real de Dios—, puede sentirse Dios en nosotros de dos maneras distintas: en forma escondida o patente, con cielo cubierto o despejado.

Cuando viene el momento del fervor y nuestro corazón contempla el cielo sereno, sin intermedios grises de nubarrones... Es lo que pedimos: ven luz de los corazones. Pero a veces somos nosotros los que oscurecemos la luz del sol como cuando nos adentramos en un bosque lleno de hojas. Esta forma se realiza en nuestra vida cuando interponemos nuestro amor propio entre Dios y sus rayos sobre nosotros. Es verdad que está pero no ilumina suficientemente porque el obstáculo de nuestro amor propio está produciendo esa falta de luminosidad. Ensombrecemos su iluminación respecto de nosotros con nuestro egoísmo y nuestra impureza. Entonces le invocamos

también: 'ven luz de los corazones, quema con tu fuego las interferencias tenebrosas de nuestro amor propio que oscurecen el día de Dios'.

XIII 5.IX.16

Continúa la secuencia con la expresión consolador óptimo. El único que puede quitarnos la impresión de soledad es el Espíritu Santo. La sed que tenemos como criaturas de una compañía humana, el ansia de una verdadera vida de familia pues todos somos uno y ninguno esta solo. Tenemos necesidad de un consolador en el mundo, en medio del océano de nuestras tribulaciones —que todos tenemos muchas—. Este es el título mismo del Espíritu Santo: Paráclito, que significa abogado, consolador, abogado nuestro ante el Padre, en el sentido de que nos hace orar, nos aconseja, nos ayuda, nos da seguridad plena del perdón divino. Para los que tienen la gracia de sentir sinceramente el dolor de encontrarse en pecado el Espíritu es abogado, nos anima a presentarnos al Padre. Cuantas veces en medio de nuestras miserias, (no digo de las simples limitaciones sino de nuestras debilidades, también morales) tenemos y sentimos dificultad de acercarnos al Padre; y el Espíritu es nuestro abogado, nos anima, nos da confianza. Dios perdona pronto al alma fervorosa, al alma que se arrepiente y luego quiere volver al Señor, que llora los propios pecados. Dichosos los que lloran porque serán consolados.

El Espíritu Santo es el consolador excelente. También aquí el mejor de los consuelos es el fervor, consolación excelente. Hay más o menos consolación en este mundo y también en el orden sobrenatural hay grados de consolación. Todo sentimiento interno: alegría, paz, gozo en el Señor, aumento de fe, esperanza y caridad... pero la consolación suprema es el Espíritu Santo que se comunica a nosotros en el fervor del espíritu. La consolación excelente no es todavía el contento perfecto de la bienaventuranza, no es todavía la exultación de la patria, es un prego de aquella bienaventuranza, es solo el contento de Dios que se filtra a través de las nubes de este valle de lagrimas. De todas las consolaciones que pueden experimentarse aquí abajo en la tierra, la consolación del fervor sin comparación es la mejor. Por ella se pueden sacrificar, sin arrepentimiento, todos los otros consuelos. Quien lo ha experimentado alguna vez y sobre todo quien lo está experimentando actualmente, sabe bien lo que decimos. De no sentirlo así quiere decir que ha perdido el fervor o, más bien, que le ha sido infiel a El, porque esta consolación es una gracia que se puede perder fácilmente.

En espera de su venida gloriosa que nos sumergirá en su propia felicidad, Jesucristo, ahora en medio de la oscuridad de la fe, nos envía otro consolador para ayudarnos a mantenernos en vela durante la noche. Esta consolación del fervor la pedimos aquí y en toda la liturgia pentecostal. Consolación que a diferencia de las otras no viene de fuera sino que es muy íntima y sustancial, y nos dispensa de buscar consolaciones exteriores. Esta consolación penetra nuestras aflicciones mejor que un bálsamo consuela la medula, lo íntimo del corazón, con un consuelo que permanece y no se volatiliza. Cosa extraña, aun en las tribulaciones interiores, en medio de las desolaciones sensibles, el fervor sigue manteniendo intacta su consolación propia. Así se explica la paz profunda hasta la que no llega las agitaciones. Allí dentro queda un contento de Dios, el día de Dios en el fondo que solo desaparecerá si entra un estado de tibieza. Contento íntimo de experimentar una asistencia, de tener una compañía, de no estar solo, de mantener conversación silenciosa con Otro que es el consolador óptimo.

Dulce huésped del alma lo es el Espíritu en doble sentido: en cuanto ofrece hospedaje al alma desamparada, le ofrece morada y en cuanto es hospedado por el alma. En el Espíritu encuentra el alma asilo, acogida, hospitalidad.

Nuestra vida está escondida con Cristo en el Padre. 'En casa de mi padre —dice Jesús— hay muchas moradas, voy a prepararos un sitio'. El Espíritu nos acoge con dulzura materna, con caricias divinas pero viene también a nosotros para hospedarse en nuestro corazón. El Señor ha querido decirnos, en muchas ocasiones, que El mismo vendrá a poner su morada en nuestro corazón; pero quiere hacerlo como huésped que desea ser invitado. No es un huésped que se impone a la fuerza por eso pide de nosotros la invitación cordial que le abra de par en par las puertas del corazón y viene como huésped estable más que como visitante de paso. Pues bien, para que venga como huésped estable del alma tenemos que preparar de ante mano nuestra casa y esto lo hacemos purificando nuestro espíritu. A esa purificación hemos de aplicarnos no solo dedicándole un día determinado, como preparación a una fiesta, sino con una preparación constante, día tras día, purificándonos de todo lo que pueda ser impedimento para la gracia de Dios.

El mismo Espíritu prepara su morada. Es purificador, el fuego del Espíritu purifica. Hemos de limpiarnos de las inclinaciones malas, de los hábitos viciosos, de los apegos desordenados. El Señor no viene con gusto a un corazón dividido. El se encuentra gustosamente donde es dueño de amor, donde es el predilecto del alma; pero donde tiene que soportar los gustos de los demás, El no se encuentra satisfecho. Podemos decir que la santidad del alma es un estar en correspondencia con su diligencia para obsequiar a este huésped, en la medida en que sabe ordenar del todo su vida de manera agradable a ese huésped que llama a la puerta del corazón. Resulta siempre empeñativo, y muchas veces

molesto, el tener un huésped habitualmente en casa; porque el huésped, de alguna manera, ordena todas las cosas, exige dedicación, entrega, querría uno hacer una determinada cosa y no lo puede hacer porque hay un huésped en casa. Saldría quizás para desahogarse a dar un paseo o hacer una excursión pero tiene un huésped, y el huésped puede volver en cualquier momento... Hay que estar pendiente de ese huésped al cual hay que atender. De esta manera el Espíritu Santo es huésped del alma. Cada uno de nosotros tiene que ponerse a disposición de ese huésped divino, rey de amor del corazón que le abre las puertas.

Pero la secuencia dice, con mucha propiedad, dulce huésped del alma porque aun cuando tiene sus exigencias, éstas son exigencias de amor; aun cuando pide al hombre vivir en recogimiento interior y no disipado, pero teniendo los ojos fijos en el huésped del alma tiene una seguridad nueva, una paz nueva, una felicidad nueva, y ese huésped comunica al alma la dulzura y suavidad características del hombre lleno del Espíritu Santo.

XIV

¿Cómo se conoce que el Espíritu Santo habita como huésped de amor y de honor en el alma? ¿Cómo puede conocer la persona misma que el Espíritu Santo esta en ella? San Juan de Ávila, en unas expresiones preciosas, hace referencia a estos efectos que produce el Espíritu y que delatan su presencia. Dice así, en su Tratado del Espíritu Santo: “La mujer que está en cinta no salta ni hace trabajos demasiados como peligre lo que tiene en el vientre, la moza loquilla que no está en cinta salta, baila y juega sin tener temor porque no tiene qué peligre dentro de sí. ¿Queréis ver que es y que no os falte? Mirad, si viereis una persona descuidada o si os viereis descuidado que os vais a donde queréis, que habláis y reis y jugáis sin temor, señal cierta es que no tenéis que perder. Os podremos profetizar que lo perderéis presto pues que no tenéis amor. Señal cierta es que tenemos algo si sentimos cuidado de guardarlo y temor de perderlo.”

Así es el Espíritu como huésped del alma. No es un huésped violento, no es un huésped que se impone con fuerza interior forzando al alma, es huésped de amor que interiormente mueve, interiormente suaviza y consuela. No se impone con sentido de angustia si no que se impone a fuerza de dulzura, de suavidad y de amor; y ese amor lo comunica y por lo tanto, como hace siempre el verdadero amor, lleva consigo suavidad. Por eso, el alma que tiene como huésped al Espíritu y está llena del Espíritu Santo se conoce aun exteriormente por una dulzura característica que se extiende a sus relaciones con el prójimo. No se trata de un afecto simplemente humano, es la característica de una libertad grande de espíritu unida, al mismo tiempo, con delicadeza suma, con cordialidad e igualdad de humor. Sus gestos y sus palabras, como otras tantas ventanas por las cuales se admiran la armonía y dulzura interior, hacen patente la presencia del Espíritu, del huésped del alma. Del dulce huésped del alma podemos gustar su íntima dulzura pero para ello es necesario resistir a las otras dulzuras solicitantes para permanecer dignos de gustar la dulzura íntima de Dios. Gustado el Espíritu se vuelve insípida la carne, gustada la carne se vuelve insípido el Espíritu.

Dulce refrigerio no se trata solo cuando se habla del Espíritu Santo y cuando deseamos su venida como un consolador excelente en cuanto que cuida, en determinados momentos, de comunicar al hombre los necesarios sentimientos, más o menos exuberantes, que lo alegren y enfervorizan. El Espíritu Santo es como el manantial fresco a la sombra junto a una carretera abrasada por el sol: ‘me senté a la sombra de aquel por cuyo deseo ardía’. La Iglesia pide para los difuntos del purgatorio el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Nuestro purgatorio, en cierta manera, ha comenzado ya, por eso no debemos extrañarnos de que, a veces, la vida de fidelidad y de austeridad nos pese. Y ya, desde ahora, el don del Espíritu Santo, la vida celeste, puede comenzar a traernos ese sentimiento de finalidad alcanzada que es el refrigerio, dulce refrigerio.

El fervor, de hecho, es el refrigerante de la fiebre de las pasiones humanas, del fuego de la concupiscencia, de la mordedura íntima de los impulsos salvajes que nos contrarían y atormentan hasta la muerte. El fervor es el mismo fuego, pero refrigera el fuego contrario del amor propio y atenúa sus ardores. El corazón no puede arder simultáneamente con dos fuegos. Nos encontramos en medio del horno como Daniel y sus compañeros en Babilonia pero el Espíritu Santo es rocío refrigerante, dulcísimo, que impide que nos quememos en las llamas de las tentaciones que nos vienen por todas partes. Mientras el fuego de las pasiones es característicamente salvaje, el del fervor espiritual es la misma dulzura. Los consuelos son momentos fuertes que deben ir elevando el espíritu y estrechando la unión estable, serena y profunda, cada vez más, en la unión de amor. El Espíritu Santo es el dulce refrigerio de las ansias de amar del alma fiel. El amor es un tormento dulce. El hombre tiene sed de amar, aquella sed inconsciente, en parte, que Jesús trataba de despertar en la samaritana junto al pozo de Jacob. El Espíritu Santo comunicado es el dulce refrigerio porque establece la mutua habitación de Dios en el hombre y del hombre en Dios.

Guillermo de san Teodorico dice así, en el Comentario al Cantar de los Cantares, hablando del abrazo de unión del alma con Dios: “Este abrazo es el Espíritu Santo porque El, que es comunión del Padre y del Hijo, que es caridad, amistad, abrazo en el amor del esposo y de la esposa, es todas estas cosas.” Ese es el don que pedimos. Esa presencia

especialísima del Espíritu Santo da descanso y refrigerio al espíritu que tiene sed de amor divino. No es el descanso de la caridad en la fruición de Dios si no el descanso de la naturaleza en la caridad. Es decir, el amor tiende al goce de Dios, pues bien, en la comunicación que aquí pedimos al Espíritu Santo no se trata directamente de la fruición de Dios por la que el amor se sienta refrigerado si no que la naturaleza es la que siente refrigerio porque ama suave y ardientemente. El hecho de amar también le da un cierto refrigerio. Aun cuando ese amor tiende todavía a la totalidad de la fruición desea amar y ama desear.

Descanso en la fatiga, en el trabajo. No se trata aquí del trabajo de los mundanos preocupados por el mañana. Respecto de ese trabajo nos invita Jesús a contemplar los lirios del campo que no trabajan ni tejen y Dios les viste. Se refiere aquí al trabajo evangélico de la lucha espiritual y de la siembra de la Palabra. Dichoso quien llega a sentirse agotado por este trabajo. El trabajo más duro de todos, a juicio del mismo Cristo, es el de sembrar la Palabra, mucho más que el de segar y recoger fruto. Vemos que el Señor mismo se sentaba una vez junto al pozo de Jacob agotado del camino; allí espera la llegada de la samaritana. Jesús agotado del camino, cansado del trabajo apostólico. Y san Pablo, hablando de la fatiga de su apostolado, usa una palabra característica, la palabra griega 'copos', que significa: trabajo, cansancio, diríamos 'estaba muerto de cansancio'. Es la característica de toda la obra apostólica de san Pablo, porque la verdadera caridad es la que toma trabajos por amor y los soporta. Podríamos decir que Jesús se encontraba así de agotado, del camino, de su tarea apostólica, junto al pozo de Jacob. El ha querido tomar sobre sí nuestro cansancio, nuestros trabajos, nuestras fatigas y nos podrá decir luego 'venid a mi todos los que estáis cansados, fatigados y agobiados con vuestros trabajos porque yo os aliviare, porque yo os doy mi Espíritu' y el Espíritu es descanso en medio del trabajo, de la fatiga apostólica. El descanso que da el fervor no se refiere a un descanso después de concluido el trabajo o un descanso que interrumpe el trabajo si no el misterioso descanso en medio del trabajo. 'Donde se ama no se siente el cansancio' decía san Agustín. Nos sostiene una fuerza renovada sin cesar. El fervor es descanso íntimo tranquilidad del corazón serenidad y libertad.